

mente y reflejando su débil claridad en la bóveda del cielo cubierto de ligeras nubes. Ni la más mínima hierba del suelo, ni una sola hoja de la rama más alta se movía. Sólo el rumor de unas alas al rozar el suelo, que se oía de vez en cuando, era lo que rompía el silencio del bosque. De pronto un ruido extraño se oyó en toda la extensión del bosque... y de nuevo sonó el ruido repitiéndose bajo los troncos inmóviles. La cima del árbol temblaba extraordinariamente, parecía que sus hojas murmuraban alguna cosa y la curruca que estaba subida en una de las ramas revoloteó dos veces silbando, y agitando su cola fuese á instalar en otro árbol.

Abajo, el hacha seguía crugiendo cada vez más sordamente. Algunos copos blancos cayeron sobre la fresca hierba humedecida por el rocío; un ligero crugido acompañaba á cada golpe.

El árbol entero vacilaba, inclinándose al mismo tiempo que se rasgaban sus profundas raíces. Por un momento todo quedó en calma, pero curvóse de pronto el árbol, crugió el tronco, rompiéronse las ramas y las hojas... y tocó por fin la cima el húmedo suelo.

El ruido del hacha y de los pasos dejaron de oirse. La curruca silbó saltando á otra rama; la que dejó, balanceóse un momento parándose después como las demás. Los árboles, con sus ramas inmóviles, elevábanse más majestuosamente en el anchuroso espacio.

Los primeros rayos del sol, atravesando las transparentes nubes, esparcían su brillo por la tierra y por el cielo. La neblina deslizábase en ondas por los profundos barrancos. El rocío brillaba y jugueteaba en el verde musgo; pequeñas nubecillas blancas y transparentes corrían por la bóveda celeste. Los pajarillos escondíanse en la espesura y gorjeaban alegres canciones. Las lustrosas hojas murmuraban en las cimas, y las ramas de los árboles vivientes agitábanse con lentitud y majestuosidad por encima del árbol caído y muerto.

El músico Alberto

1857



El músico Alberto

I

A las tres de la mañana, cinco jóvenes de rica apariencia entraban para divertirse en un baile de San Petersburgo.

El *champagne* se bebía en gran cantidad, la mayoría de los invitados eran muy jóvenes, abundando entre los mismos mujeres jóvenes también y hermosas; el piano y el violín tocaban, sin interrupción, una polka tras otra. El baile y el ruido no cesaban, pero todos sentíanse aburridos, sin saber por qué, como sucede casi siempre, viéndose que no reinaba allí la alegría que en estos casos parece deber reinar.

Diferentes veces probaron algunos de avivarla, pero la alegría fingida es aun peor que el tedio más profundo.

Uno de los cinco jóvenes, el más descontento de sí mismo, de los otros y de la velada, levantóse con aire contrariado, buscó su sombrero y salió con la intención de marcharse y no volver.

La antesala estaba desierta, pero al través de una de las puertas oíanse algunas voces en el salón contiguo. El joven se detuvo y púsose á escuchar.

—No se puede entrar... allí están los invitados,—decía una voz de mujer.

—Que no se puede pasar, pues allí no entran más que los invitados,—dijo otra voz de mujer.

—Dejadme pasar, os lo ruego, pues eso no importa,—suplicaba una débil voz de hombre.

—Yo no puedo dejaros pasar sin el permiso de la señora,—decía la mujer.—Dónde vais? Ah!...

Abrióse la puerta y en el umbral presentóse un hombre de aspecto extraño. Al ver al joven, la criada cesó de retenerle y el extraño personaje saludó tímidamente, y tambaleándose sobre sus curvadas piernas, entró en el salón. Era un hombre de mediana estatura, la espalda abultada y los cabellos largos y en desorden. Llevaba un abrigo corto, pantalones estrechos y rotos, botas abiertas y en muy mal estado; una corbata parecida á una cuerda enlazaba su blanco cuello. Una camisa sucia le salía por las mangas, por encima de sus flacas manos. Pero, apesar de la extraordinaria flaqueza de su cuerpo, su cara era blanca y fresca y un ligero carmín coloreaba sus mejillas entre la barba y las patillas negras. Los cabellos en desorden descubrían una hermosa y pura frente. Los ojos sombríos, cansados, miraban fija y humildemente y al mismo tiempo con gravedad. Esta expresión confundíase agradablemente con la de sus frescos y arqueados labios, los cuales se percibían por debajo de su escaso bigote.

Al cabo de algunos pasos se detuvo, volvióse hacia el joven y se sonrió. Sonrió con algún esfuerzo, pero cuando esta sonrisa asomó á sus labios, el joven, sin saberse explicar por qué, sonrió también.

—Quién es ese?—preguntó en voz baja á la criada, cuando el otro hubo desaparecido hacia la sala donde se bailaba.

—Es un músico del teatro, un loco,—respondió la criada.—A veces visita á la señora.

—Dónde te has metido, Delessov?—gritaron en la sala.

El joven á quien llamaban Delessov volvió al salón.

El músico estaba cerca de la puerta, observando á los que bailaban y su sonrisa, su mirada y sus movimientos daban una idea exacta del placer que experimentaba con el espectáculo.

—Vamos, bailad también,—le dijo uno de los jóvenes. El músico saludó y miró á la señora con aire interrogador.

—Podéis hacerlo, puesto que estos señores os invitan,—dijo la señora.

Los débiles y flacos miembros del músico empezáronse á agitar con violencia y guiñando el ojo con una sonrisa púsose á saltar locamente por la sala. En medio del baile, un oficial muy alegre y que bailaba bastante bien, chocó por casualidad con el músico. Sus débiles y cansadas piernas perdieron el aplomo y el músico, después de dar algunos pasos, cayó cuán largo era. Apesar del ruido seco que produjo la caída, á la primera impresión todos

se echaron á reír. Al ver que el músico no se levantaba, calláronse los que reían, paróse el piano y Delessov fué el primero que corrió con la señora de la casa hacia el músico. Este estaba apoyado en un codo, mirando al suelo sin expresión ninguna. Cuando le hubieron levantado y sentado en una silla, con un movimiento rápido apartóse los cabellos que tenía en la frente, sonriéndose, sin contestar á las preguntas que le hacían.

—Señor Alberto! Señor Alberto!—decía la señora de la casa.—Os habéis hecho daño? Dónde? Bien os decía yo que no bailarais!... Está tan débil,—continuó dirigiéndose á los invitados.—Si casi no puede andar, cómo quiere bailar!

—Quién es?—preguntaron á la señora.

—Un pobre hombre, un artista, un buen muchacho, pero un desdichado, como podéis ver...

La señora expresóse en esta forma y con la mayor naturalidad delante del músico; éste se repuso y como asustándose de algo que no sabía lo que era, empujó á los que le rodeaban y haciendo un esfuerzo levantóse de la silla diciendo: «Esto no es nada». Y para probar que no sufría intentó dar algunos saltos en medio del salón; sin duda hubiera caído otra vez á no ser que unos jóvenes le sostuvieron.

Todos parecían cortados, todos le miraban en silencio.

La mirada del músico se apagó de nuevo y olvidándose, sin duda, de los que le rodeaban, rascóse con fuerza la rodilla. De pronto levantó la cabeza, echóse los cabellos hacia atrás y acercándose al violinista le quitó el instrumento.

—No ha sido nada,—repitió de nuevo agitando el violín.—Señores, vamos á tocar música...

—Qué figura tan extraña!—decíanse los invitados.

—Quizás tenga un gran talento ese infeliz,—dijo alguno.

—Infeliz, sí, infeliz...—pronunció un tercero.

—Qué hermoso semblante!... Hay en él algo extraordinario,—dijo Delessov.—Ya veremos.



II

SIN embargo, Alberto, sin prestar atención á nadie, iba y venía á lo largo del piano, mientras templaba el violín apretado al hombro; plegó sus labios con una sonrisa indiferente; los ojos no se le distinguían, pero su estrecha y huesosa espalda, su largo y blanco cuello, sus curvadas piernas y su abundante cabellera negra, le daban un aspecto extraño; aunque sin poderlo explicar, no tenía nada de ridículo. Después de haber templado el instrumento, cogió el tono y dirigiéndose al pianista que se preparaba á acompañarle:

—*Melancolía, G. Dur*,—le dijo con un gesto imperioso. Y como para pedirle perdón por ese gesto sonrió dulcemente, y con esta sonrisa paseó una mirada circular por el público.

Alisándose los cabellos con la mano en que tenía el arco, Alberto se detuvo en el ángulo del piano y, con un movimiento lento, hizo resbalar el arco por las cuerdas. Un sonido delicado y puro llenó el salón; el silencio fué absoluto.

Las notas iban saliendo libre y elegantemente. Desde el primer momento una luz clara, tranquila, inesperada, iluminó de pronto el mundo interior de cada uno de los que escuchaban. Ni una sola falsa ó exajerada nota rompía el silencio del auditorio. Los sonidos eran puros, armoniosos y graves. Todos los asistentes en si-

lencio seguían con febril ansiedad su desenvolvimiento. De un estado de fastidio, de enloquecedoras diversiones y de sueños del alma, se encontraban esos hombres trasportados á otro mundo que habían olvidado completamente. En sus almas, unas veces nacía el sentimiento de la dulce contemplación del pasado, ora el recuerdo apasionado de alguna hora feliz, ó el deseo ilimitado de grandeza y esplendor, ó bien un sentimiento de sumisión, de amor no satisfecho y de tristeza. Los sonidos, tiernos y lastimeros, rápidos y desesperados, confundíanse libremente, deslizábanse uno tras otro, tan agradables, tan fuertes, tan cautivadores, que ya no se oían los sonidos, sino que en el alma de cada uno se desbordaba un torrente de poesía, de belleza sentida hacía mucho tiempo, pero experimentada por la vez primera.

Alberto se engrandecía cada vez más, estando muy lejos ya de ser feo ó grotesco. El violín apretado á la barbilla, tocaba apasionadamente, ora agitaba nerviosamente las piernas ó enderezaba su talle ó bien curvaba todo el cuerpo. Su brazo izquierdo lo mantenía plegado é inmóvil y sólo sus huesudos dedos se movían nerviosamente; el brazo derecho lo movía muy lentamente y de una manera casi insensible y elegante. Su cara revelaba el entusiasmo y la felicidad más completa; su mirada era brillante y clara y sus rojos labios se entreabrían de placer. A veces inclinaba más la cabeza sobre el violín, cerraba los ojos y su cara, casi tapada por la cabellera, iluminábase con una sonrisa de inmensa dicha. Otras veces enderezábase rápidamente, avanzaba la pierna y en su pura frente y en su ardiente mirada, que paseaba alrededor de la sala, aparecían grabadas la arrogancia y la fiereza de la conciencia de su poder.

Una vez el pianista se equivocó tocando una nota falsa; un sufrimiento físico se expresó en todo el músico. Paróse un momento y pegando con el pie en el suelo gritó con una expresión de cólera infantil: «No es eso!» El pianista cogió de nuevo la marcha; Alberto cerró los ojos, sonrió y olvidándose visiblemente de sí mismo y de los demás, se abandonó completamente á su música.

Todos los que estaban en el salón mientras Alberto tocaba, observaban un silencio religioso y parecían no vivir ni respirar siquiera.

El alegre oficial estaba sentado, inmóvil, sobre una silla cerca de la ventana mirando al suelo, dejando escapar de vez en cuando profundos suspiros. Las jóvenes guardaban el silencio más absoluto. Sentadas á lo largo de la pared; de vez en cuando un murmullo

de aprobación, que rayaba en entusiasmo, llegaba hasta ellas y se miraban entre sí. La alegre y sonriente cara de la señora de la casa se dilataba de placer. El pianista, con los ojos fijos en Alberto, trataba de seguirle, leyéndose en su semblante el miedo que tenía de equivocarse. Uno de los invitados, que había bebido más que los otros, estaba acostado en un diván tratando de no moverse para no descubrir la emoción que le embargaba. Delessov sentía una sensación desconocida; un círculo frío que ora se ensanchaba ó se estrechaba envolvía su cabeza, las raíces de los cabellos se le hacían sensibles; un frío helado subíale por la espalda, llegándole á la garganta; finísimas agujas le picaban la nariz y el cielo de la boca, y apesar suyo, las lágrimas rodábanle por las mejillas... Se sacudía, probaba de enjugárselas sin que nadie se percibiera, pero otras brotaban de sus ojos rodándole por la cara.

Por una extraña coincidencia de impresiones, las primeras notas del violín de Alberto, trasportaron á Delessov á su primera juventud. El que ya no era joven y estaba cansado de la vida, sentíase volver de nuevo á los diez y siete años, hermoso, contento de sí mismo, bueno, inconsciente y feliz. Acordábase de su primer amor, de su prima, vestida de color de rosa, y de su primera declaración en la avenida de los tilos, el ardor y el atractivo incomparables de un beso furtivo; se acordaba de la ilusión y de los misterios incomprensibles que entonces le rodeaban. En su imaginación, que volvía hacia atrás y en medio de una espesa niebla de infinitas esperanzas, de vagos deseos, de fe inquebrantable en la posibilidad de una felicidad imposible, su imagen brillaba. Todos los momentos no apreciados de esa época, se le aparecían uno tras otro, pero no como el momento insípido del presente que huye, sino como imágenes que se paran y agrandándose van reproduciendo el pasado. Con infinita alegría las contemplaba y lloraba, pero no por el tiempo pasado que hubiera podido emplear mejor, sino porque el tiempo pasado no vuelve jamás. Los recuerdos iban agolpándose á su mente y el violín de Alberto iba diciendo siempre lo mismo; decía: «En tí ha pasado para siempre el tiempo de la fuerza, del amor y de la felicidad, pasó para siempre. Lloro el pasado, llora hasta morir sobre el pasado... ésta es la única felicidad que te queda». Al final de la última variación, el rostro de Alberto fué volviéndose rojo, sus ojos brillaron extraordinariamente, gruesas gotas de sudor cayeron sobre sus mejillas, las venas de la frente se le hincharon, su cuerpo agitóse cada vez más fuertemente, sus pálidos labios no se volvieron á cerrar y todo él parecía experimentar la avidez entusiasta de la alegría.

Con un brusco movimiento del cuerpo y sacudiendo su cabellera, bajó el violín, y con una sonrisa de majestuosa arrogancia y de inmensa felicidad miró á los presentes. Después curvóse su espalda, bajó la cabeza, plegáronse sus labios, y mirando tímidamente á su alrededor se dirigió hacia la otra sala.



III

ALGO extraño se pasaba entre los invitados y algo extraño había también en el silencio que siguió á la tocata de Alberto. Era como si cada uno hubiera querido y no hubiese podido expresar todo aquello. Qué es lo que significaba una sala bien alumbrada y caliente, mujeres espirituales, el alba asomando por las ventanas, la sangre agitada y la impresión pura de los sonidos? Nadie probaba á explicar lo que significaba aquello. Al contrario, casi todos, no sintiéndose con fuerzas para salirse de lo que les había hecho descubrir tan profunda impresión, se revolvían contra ella.

—En efecto, toca perfectamente,—dijo el oficial.

—Admirablemente!—respondió Delessov, que se había escondido mientras se enjugaba las mejillas con la manga.

—Sin embargo, señores, es hora de irnos,—dijo, rehaciéndose un poco, el que estaba echado sobre el diván.—Tendríamos que darle alguna cosa, hagamos una colecta.—Alberto estaba solo en la otra sala, sentado en el diván; los codos apoyados en sus rodillas huesosas y con sus manos sucias se frotaba la cara, sus cabellos estaban desgreñados y su sonrisa era una sonrisa feliz.

La colecta fué fructuosa; Delessov se encargó de remitírsela. Además, le vino la idea á Delessov, á quien la música le produjo una profunda impresión, de protegerle. Había pensado llevárselo á su casa, vestirlo y hallarle una posición cualquiera á fin de arrancarlo de su triste situación.

—Estáis cansado?—le preguntó mientras se le acercaba. Alberto se sonrió.—Sois un verdadero talento. Deberíais ocuparos seriamente de la música, tocar en público.

—Ahora bebería de muy buena gana,—dijo Alberto como si se despertase de un prolongado sueño.

Delessov le trajo vino; el músico apuró con avidez dos vasos.

—Qué vino tan bueno!—dijo.

—Qué buen trozo de música es esa *melancolía*!—dijo Delessov.

—Oh! sí, sí,—respondió Alberto sonriéndose.—Pero, permitidme... No sé á quien tengo el honor de hablar, quizás seáis un conde ó un príncipe... Podríais prestarme un poco de dinero?—callóse un momento.—Yo no tengo nada... soy muy pobre... no podría devolvéroslo.

Delessov se sonrojó, apresurándose á entregar al músico el dinero recogido.

—Muchísimas gracias,—dijo Alberto cogiendo el dinero.—Y ahora, si á vos os place, vamos á tocar música; yo tocaré tanto como queráis, pero os agradecería que me dierais algo que beber,—dijo levantándose. Delessov le trajo otra vez vino y le instó para que se sentara á su lado.

—Me dispensaréis si os hablo con franqueza,—dijo Delessov.—Vuestro talento me ha interesado tanto! Me parece que estáis en una situación muy precaria.

Alberto miraba ora á Delessov, ora á la señora de la casa, que acababa de entrar en la estancia.

—Permitidme que os ofrezca mis servicios,—continuó Delessov.—Si necesitáis alguna cosa... me causaríais una verdadera satisfacción si provisionalmente os instalerais en mi casa; yo vivo solo y podría seros muy útil.

Alberto se sonrió y no contestó.

—Por qué no le dais las gracias?—dijo interviniendo la señora.—Es un beneficio para vos... Por mas que no os lo aconsejaría,—dijo dirigiéndose á Delessov y moviendo negativamente la cabeza.

—Yo os lo agradezco mucho,—dijo Alberto, estrechando entre sus húmedas manos las de Delessov,—mas ahora os ruego que vayamos á tocar música.

Los invitados estaban preparados para salir y, apesar de las palabras de Alberto, fueron saliendo todos del salón.

Alberto despidióse de la señora, cogió su sombrero ya muy usado, de anchas alas, un casacón viejo de verano, su único abrigo y con Delessov fué bajando la escalinata.

Cuando Delessov se hubo sentado en el coche con su nuevo

amigo y sintió el olor repugnante de vino y de sudor que despedía el músico, empezó á lamentar el acto que había llevado á cabo, reprochándose la infantil ternura de su corazón y su falta de conocimiento. Por otra parte, la conversación de Alberto era tan vulgar y tan falta de sentido y tenía un aire tal de borracho, que Delessov empezó á tomarle aprensión. «Qué haré con él?» pensó.

Al cabo de un cuarto de hora Alberto se ladeó, el sombrero rodó á sus pies y se acomodó en un rincón del coche, empezando á roncar. Las ruedas rechinaban con regularidad sobre la nieve, la luz de la aurora penetraba débilmente por los cristales del carruaje.

Delessov contemplaba á su vecino. Este, envuelto en su capa, yacía cerca de él. Parecíale á Delessov que una cabeza alargada, con una gran nariz negra, se balanceaba sobre el cuerpo del músico, pero mirándolo de más cerca, vió que lo que tomaba por la nariz y la cara eran los cabellos y que su rostro estaba más abajo; entonces la hermosura de la frente y de la boca cerrada de Alberto le impresionaron de nuevo. Bajo la influencia del cansancio, de los nervios, de la hora avanzada y de la música que había oído, Delessov, mirándole la cara, se trasportó de nuevo al mundo feliz entrevisto unas horas antes. De nuevo volvió á acordarse del tiempo feliz de su juventud, y cesó de arrepentirse de su acción. En aquel momento quería á Alberto con sinceridad y ardor y se prometía firmemente hacer todo lo que le fuera posible por él.



IV

Ala mañana siguiente, cuando Delessov se despertó para ir al servicio vió con extrañeza, entorno suyo, el biombo, su viejo criado y el reloj sobre la mesa. «No es acaso todo lo que quiero tener á mi lado?» preguntóse. Entonces se acordó de los negros ojos y de la sonrisa del músico, de la «Melancolía»... y toda la extraña noche de la víspera pasó por su imaginación.

Sin embargo, no tuvo tiempo de preguntarse si tenía ó no razón para tomar al músico en su casa. Mientras se vestía hizo mentalmente el reparto del día; tomó papel, dió las órdenes necesarias para la casa y apresuradamente se puso las botas y la capa; al pasar por delante del comedor miró hacia dentro. Alberto con la cara escondida entre los almohadones en desorden, con una camisa sucia y rota, dormía con pesado sueño, sobre el diván de tafete, donde le instalaron la noche anterior sin conocimiento. «Hay algo que no va bien», pensó involuntariamente Delessov.

—Harás el favor de ir de parte mía á casa de Borazovski, y pídele el violín por dos días. Para él...—dijo al criado.—Cuando se despierte le das café y al mismo tiempo le das alguna ropa mía. En todo te ruego que le satisfagas bien.

Cuando Delessov llegó por la noche á su casa le sorprendió no encontrar á Alberto.

—Dónde ha ido?—preguntóle á su criado.

—Se fué después de comer,—respondió el criado,—cogió el violín y se fué prometiendo volver al cabo de una hora... y aun no ha vuelto.

—Eso sí que me molesta!—exclamó Delessov.—Porque le has dejado salir, Zakhar?

Zakhar era un criado petersburgués que servía á Delessov hacia ocho años. Este, como *soltero que vive solo*, le confiaba sin querer sus intenciones y le gustaba saber su opinión en todos sus asuntos.

—Como queréis que me hubiese atrevido á no dejarle salir?—respondió Zakhar, mientras jugaba con su gorro;—si me hubieseis dicho que le retuviese, yo hubiera podido entretenerle en casa; pero me hablasteis tan sólo del vestido.

—Qué mal me sabe! Qué es lo que ha hecho mientras yo estuve fuera?

Zakhar se sonrió.

—Se puede decir que es un verdadero artista. Tan pronto como se despertó, me pidió vino Madera; después ha estado jugando un buen rato con la cocinera y el criado del vecino; es muy bromista! Sin embargo, tiene un buen carácter. Le llevé el té y la comida, pero no quiso comer nada, invitándome siempre... Qué bien sabe tocar el violín! Estoy seguro que un artista así no se encuentra ni en casa Iglér. Se puede mantener un artista así. Cuando tocó «Voguemos bajando la madre Volga» era cómo cuando un hombre llora. Hermosísimo! Todos los criados de la casa han entrado en la sala para escucharle.

—Bueno; le has dado ropa?—interrogó el amo.

—Sin duda; le he dado una de vuestras camisas de noche y mi abrigo. Se puede ayudar á un hombre así; es verdaderamente un buen muchacho.—Zakhar se sonrió.—Me ha estado preguntando el grado que tenéis, si teníais altas é importantes relaciones, y el número de vuestros siervos.

—Está bien, está bien; ahora habrá que buscarle y de aquí en adelante no darle nunca de beber, sino se pondrá peor aun.

—Es verdad,—interrumpió Zakhar;—es evidente que su salud está muy quebrantada. En casa, en casa de los amos, había un empleado que siempre estaba así...

Delessov, que hacía tiempo conocía la historia del empleado, un borracho inveterado, no le dejó concluir y le ordenó prepararlo todo para la noche, é ir en busca de Alberto y traérselo.

Se metió en la cama, apagó la bujía, pero no pudo dormir pensando siempre en Alberto. «Aunque esto les parezca extraño

á muchos de mis amigos,—pensaba Delessov;—es tan raro el poder hacer alguna acción desinteresada, que hay que dar las gracias á Dios cuando este caso se presenta; yo no faltaré. Haré todo, absolutamente todo lo que pueda para ayudarle. Quizás no esté loco, y sea simplemente un extravío de la bebida. Caro no ha de costarme, porque donde come uno comen dos. Por ahora que viva conmigo, después ya le encontraremos una situación para sacarle del banco de arena en que está encallado; más tarde ya veremos».

Un sentimiento agradable de contento de sí mismo le embargó después de estas reflexiones.

«Verdaderamente no soy del todo malo, no, al contrario, soy muy bueno en comparación á los demás...» pensó.

Estaba casi dormido, cuando le distrajo el ruido de la puerta que se abría y unos pasos en la antesala.

«Tendré que ser más severo con él; debo hacerlo y será mucho mejor», se dijo.

Apoyó el dedo en el timbre y llamó.

—Qué, le has traído?—le preguntó á Zakhar que entraba.

—Ese hombre está en estado lastimoso,—dijo Zakhar moviendo la cabeza con importancia y cerrando los ojos.

—Qué, está bebido?

—Está muy débil.

—Y el violín, dónde está?

—Lo he traído, la señora me lo ha dado.

—Pues bien, te ruego que le dejes pasar ahora, métele después en la cama y mañana por la mañana vigílate atentamente para que no salga de casa.

Pero aun no había salido Zakhar que Alberto entraba ya en la habitación.